

Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

LETRA "C"

CRITICA. Según Arango Ferrer "nuestra crítica literaria nació en el siglo XVII, y no de cualquier modo sino en la obra didáctica *Arte de sermones* de fray Martín de Velasco, publicada en Cádiz (1677) y en México (1728)". Pero, de remontar a entonces los orígenes de nuestra crítica, hay que convenir en que no halló terreno fértil —por evidente sustracción de materia criticable— pues es preciso esperar hasta bien promediado el siglo XIX para encontrar al verdadero fundador de la crítica literaria en Colombia: José María Vergara y Vergara (1831-1872). Es bien cierto que en tan largo intervalo no faltaron las preocupaciones sobre estética de la literatura en algunos de nuestros escritores, aunque en forma muy esporádica. Ya a principios del siglo, por ejemplo, José María Salazar traducía el *Arte poética* de Boileau. Y Mariano del Campo Larraondo escribía su erudita "Carta a los editores del *Correo curioso*", sobre las reglas más adecuadas para traducir a Horacio y los otros clásicos, tan celebrada por Menéndez y Pelayo. Pero fue el señor Vergara quien echó los basamentos de ese menester literario entre nosotros, al publicar en 1867 su magistral *Historia de la literatura en la Nueva Granada*. Por primera vez se enjuician allí obras y autores en una forma seria, objetiva e incluso moderna, teniendo en cuenta las circunstancias de la época. Baste decir —para poner de relieve los méritos de su obra— que aún no se ha escrito en Colombia ninguna que la supere. Vergara fue así una excepción en esos tiempos repletos de romanticismo y costumbrismo, que tan escaso margen dejaban a la función crítica. Aunque no pocos contemporáneos suyos —pertenecientes a la generación del 48— pudieran citarse al respecto a su lado: Sergio Arboleda, José María Torres Caicedo y José Manuel Marroquín. Sin embargo, ninguno de ellos igualó a Vergara en ese campo.

Es preciso esperar al advenimiento de la subsiguiente generación de filólogos, humanistas y polígrafos —nacidos en la década de los cuarenta— para que la crítica nacional adquiera contornos definidos. En efecto, fue-

ron Miguel Antonio Caro —a quien Gómez Restrepo, a su turno, considera como “el iniciador de la crítica literaria en Colombia”—, Rufino José Cuervo, Rafael María Merchán (quien, no obstante ser nativo de Cuba, se formó literariamente aquí), Carlos Martínez Silva y Diego Rafael de Guzmán, las figuras descollantes de nuestra crítica literaria de entonces. Sin embargo, ni Caro ni Cuervo pudieron desprenderse del todo de los cánones de la llamada “crítica dogmática”, que tiende a juzgar las obras, no de acuerdo con su realidad y significado actuales, sino con base en reglas y preceptos previamente determinados. Pero es obvio que tal tipo de crítica desvirtúa totalmente la consistencia y función de ese género, pues tiende a convertirlo en algo autónomo y pre-existente a la obra literaria que debe enjuiciar, que solo si se sujeta a esas previas condiciones tiene validez a sus ojos. Cuando la crítica es todo lo contrario: un género dependiente, heterónomo, que supone una creación literaria anterior, la cual no solo no tiene que sujetarse a reglas predeterminadas sino que conlleva la virtualidad de superarlas y de hacer posible la aparición de nuevas tendencias estéticas en lo literario o en cualquiera otra manifestación artística.

Todos estos críticos —a más de algunos otros de menor relieve— publicaron la mayor parte de sus trabajos en el *Repertorio colombiano*, la gran revista mensual fundada en 1878 por Carlos Martínez Silva y considerada por Menéndez y Pelayo —en 1894— como “la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América latina”. A través de sus tres épocas, esta revista constituye —con sus XX tomos— la fuente más importante para el estudio de nuestra literatura y, sobre todo, del ensayo y la crítica, en los últimos veinte años del siglo pasado. Martínez Silva, su director, fue en cambio el polo opuesto de Caro en materia crítica. Es quizá el primer representante del crítico-periodista, del reseñador de libros a la moderna, y no ya un crítico-ensayista como lo fueron aquellos otros. Por eso la suya es ya una “crítica impresionista”, como se ha denominado a aquella que juzga las obras de acuerdo con la impresión que producen al crítico, situadas en su medio y en su tiempo. Es lo que puede verse en las excelentes “Notas bibliográficas” aparecidas en el *Repertorio*, debidas sin duda a su pluma.

En el mismo *Repertorio* publicaron sus iniciales producciones dos escritores que habrían de transitar largamente los caminos críticos, estableciendo el uno —Antonio Gómez Restrepo— un empalme con las tendencias del género hasta entonces predominantes, y utilizando el otro —Baldomero Sanín Cano— una neta separación al respecto. Nada más disímil, en efecto, que estos dos críticos, cuyas vidas coincidirán cronológicamente por largos años, pero cuyas obras se apartarán radicalmente. Restrepo, erudito, minucioso, españolizante, tradicionalista y poco abierto a los nuevos aires literarios, representa la tendencia conceptuosa y documentada de la crítica, muy dentro de la tónica de Menéndez y Pelayo y de Caro. En cambio, Sanín Cano es todo lo contrario: informado y muy al día de las nuevas cosas y fenómenos de la literatura, europeizante, de estilo suelto y objetivo —casi periodístico— a más de introductor de novedades en nuestro medio. Por eso fue el crítico del modernismo y el auscultador permanente de las literaturas europeas, especialmente de las nórdicas. De allí

lo poco que escribió sobre nuestros escritores, en tanto que Gómez Restrepo vivió dedicado a las cosas nuestras y fue el otro gran historiador —desafortunadamente inconcluso— de las letras patrias. Junto a ellos descuella una tercera figura, más en la línea de Sanín que en la de Restrepo: Carlos Arturo Torres, cuyos “Estudios ingleses, estudios varios” lo revelaron bien pronto como un avisado intérprete de las literaturas extranjeras.

En seguida aparecen los críticos de la llamada “generación del centenario —los nacidos entre 1885 y 1890, aproximadamente—, entre quienes se destacan Eduardo Castillo, Luis Eduardo Nieto Caballero y Fernando de la Vega. Luego los que integran la generación de “Los nuevos”: Carlos García Prada, Silvio Villegas, Rafael Maya, Juan Lozano y Lozano, Javier Arango Ferrer. Y, un poco posteriormente, Jorge Zalamea, Hernando Téllez, Darío Achury Valenzuela. Para finalizar con quienes llevan la responsabilidad —bastante poco ejercida— de lo que aún queda de crítica en Colombia, como Andrés Holguín, Daniel Arango y otros pocos. Pues no es muy abundante, en verdad, la nómina de nuestros críticos actuales, hasta el punto de que es del todo lícito decir que en tal materia nuestra literatura está pasando por una seria crisis. Quizá les haga falta —a quienes pasan hoy por críticos, entre los más jóvenes— leer lo que sobre tal tarea del espíritu escribió otro gran crítico, el señor Caro: “La crítica verdadera es luz y no eclipse. Es incorpórea: ilumina los objetos para aguzar la visión del espectador, no para entorpecerlos; y hace los objetos visibles y hermosos sin alterarlos. El crítico y el historiador han de mostrarse por los efectos mágicos que producen, no por la vana ostentación de su impertinente personalidad; por eso el crítico como el historiador, sin dejar de ser exacto y científico, ha de tener no poco de poeta o artista, así como la luz embellece las cosas sin perjuicio de una absoluta fidelidad”.

CRONICA. La relación de hechos históricos, sencilla y ordenadamente expuestos, es algo que tiene que ver con los orígenes mismos de nuestra historia literaria. En efecto, las obras de los primeros conquistadores y frailes españoles, referentes a nuestra tierra y a los sucesos históricos que aquí vieron o vivieron de cerca, asume casi siempre la forma de crónica. Así, en el siglo XVI, Gonzalo Jiménez de Quesada en su *Compendio historial* y en la *Relación de la conquista*, que no obstante haberse perdido, fueron antes en gran parte intercalados en las obras de otros cronistas de Indias, como Oviedo, Antonio de Herrera, Piedrahita y Zamora; Juan de Castellanos, en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*; fray Pedro de Aguado en su *Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y el Nuevo Reino de Granada*; y fray Pedro Simón, en sus *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, en las que tanto aprovechó las *Elegías* de Castellanos. Cronista de muy diverso estilo e intención —el primero nacido en estas tierras— fue Juan Rodríguez Freile, celebrado autor de *El carnero*, pues si bien en los primeros capítulos trató de hacer una relación histórica, al estilo de sus precedentes, muy pronto se apartó de tal finalidad para trazar un cuadro regocijante y picaresco de la Santa Fe de su época y de diversos acontecimientos de la historia íntima del Nuevo Reino, que refiere e interpreta ladinamente.

En el siglo XVII escribieron crónicas el padre Manuel Rodríguez, nacido en Cali, autor de *El Marañón y el Amazonas. Historia de los descubrimientos, entradas y reducción de naciones. Trabajos malogrados de algunos conquistadores y dichosos de otros, así temporales como espirituales, en las dilatadas montañas y mayores ríos de América* (1684); el santafereño Lucas Fernández de Piedrahita, con su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (1688); fray Andrés de San Nicolás, con su *Historia general de los religiosos descalzos del orden de los ermitaños agustinos de España y de las Indias* (1766); fray Alonso de Zamora, con la *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reyno de Granada* (1701).

Ya en el siglo XVIII figuran el español Juan Rivero con su *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta* —escrita en 1728 y publicada solo en 1883— así como los también españoles, padres José Cassani y José Gumilla, que casi simultáneamente publicaron en 1741 la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América*, el primero; y el otro su muy famosa y conocida obra *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*. Por esa época —1739— el alférez José Nicolás de la Rosa, español de Santa Marta, terminó de escribir su *Floresta de la santa iglesia catedral de Santa Marta*, editada por el departamento del Atlántico en 1945. El padre Antonio Julián publicó en Madrid, en 1787, "*La perla de América, provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos a mayor bien de la católica monarquía, fomento del comercio de España y de todo el Nuevo Reino de Granada, e incremento de la cristiana religión entre las naciones bárbaras, que subsisten todavía rebeldes en la provincia*". Y, por último, don Francisco Silvestre, autor de la *Descripción del Nuevo Reino de Santafé de Bogotá* y de la *Relación del estado de la provincia de Antioquia*. Es claro que al lado de los nombres citados existe una serie de cronistas menores, cuya enumeración sería muy prolija.

A fines del siglo XVIII —un tanto lejana ya la epopeya conquistadora— van desapareciendo los cronistas de Indias y los historiadores eclesiásticos, pues ya es poco lo que queda por relatar de los dos siglos anteriores. Toma entonces cuerpo en el país, con la fundación de la Expedición Botánica (1783) una literatura de muy diverso orden: la científica. Ver, observar y estudiar las cosas de la naturaleza resultó ya más importante que hacer crónicas sobre un pasado que se trataba de superar. Los elementos de cultura que entonces se desarrollan van a dar paso a las ideas que se agitarán luego en las tertulias literarias, en el *Semanario* de Caldas, y que, a la postre, propiciarían el estallido de la Revolución de la independencia. A poco, los nuevos acontecimientos conmoverán tanto los espíritus y las existencias, que ya no habrá tiempo sino para la guerra sin cuartel. Y cuando esta concluya, la crónica antigua dejará paso a la historia propiamente dicha de aquellos años, que será por mucho tiempo el tema de todo cuanto al respecto se escriba. La epopeya nacional y la estructuración de la República serán durante todo el siglo XIX la materia propia de esa historia que poco a poco dejará de ser literatura para convertirse en la ciencia autónoma que hoy es.

Sin embargo, la historia privada de la capital de la nación, a través de sus acontecimientos íntimos, de sus episodios cotidianos, no pocas veces conectados con los sucesos nacionales, daría nacimiento a una forma especial de la crónica ciudadana —menuda y anecdótica—, que encontrará eco en dos libros, verdaderos clásicos del género: las *Crónicas de Bogotá*, de Pedro María Ibáñez, publicadas en 1891, y las *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, de José María Cordovez Moure, editadas entre 1893 y 1910, en las partes que son propiamente crónica. Se trata de dos obras bien representativas, sin duda mejor escrita la segunda que la primera, pero que dan ambas una visión particular de la historia de la ciudad capital y de los acontecimientos con ella relacionados. Fuera de ese último resurgir, la crónica como tal irá perdiendo cada vez más importancia, hasta desaparecer prácticamente y convertirse en pura historia.

Una acepción diversa del concepto “crónica” es la que designa a una especial forma de artículo periodístico, que hasta hace algunos años tuvo cierto sentido literario en la obra de un Luis Vargas Tejada *Libro de crónicas*, (1961), de un Jaime Barrera Parra (*Notas del Weekend*), o de un Luis Eduardo Nieto Caballero (*El cronista Espejo*). Pero, hoy, desaparecido definitivamente el periodismo literario, la crónica ha dejado por tanto de tener contenido tal para convertirse en simple muestra de algo que pertenece al anónimo acervo cotidiano del deber periodístico.

CUERVO, RUFINO JOSE. (Bogotá, 1844-París, 1911). Tras haber concurrido apenas a una escuela de primeras letras y haber hecho estudios de latín y humanidades con un inteligente preceptor —que influiría decisivamente en sus inclinaciones— se dedicó luego a perfeccionarlos por su cuenta, logrando no solo dominar el latín, el griego y las modernas lenguas europeas, sino idiomas tan extraños como el árabe, el persa y el sánscrito. Sin embargo, su mayor entusiasmo y consagración fueron desde entonces para el castellano, que llegaría a conocer y dominar en forma excepcional. Y todo ello en una época convulsionada de nuestra historia, bien poco propicia a tales aficiones. No fue óbice para que continuara dedicándose a sus eruditos estudios el hecho de que tuviera que dedicarse desde muy niño, en circunstancias más que difíciles, a la explotación de una fábrica de cerveza, en unión de su hermano Angel. Y así, en 1867 publicó —en colaboración con su amigo Miguel Antonio Caro— su famosa *Gramática de la lengua latina*, tan justamente alabada por reconocidas autoridades y que aún sigue siendo una de las mejores. Entre 1867 y 1872 publicó las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, sin duda alguna la obra en que más trabajó Cuervo, como lo demuestran las adiciones y refundiciones que le introdujo al través de las seis ediciones que alcanzó a supervigilar, y cuyo título adicionó —desde la quinta— con la expresión “con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica”. En 1871 editó su folleto *Muestra de un diccionario de la lengua castellana* —en colaboración con Venancio G. Manrique— que comprende solo las letras “L” y “O”. Luego, en 1874, aparecieron sus ya clásicas *Notas a la gramática de la lengua castellana de don Andrés Bello*, que tanto complementó y aclaró la obra del filólogo venezolano, hasta el punto de haber llegado a integrar un solo volumen.

Ya para entonces su fama había trascendido al extranjero, de donde le llegaban voces de estímulo y aplauso. También recibió varias invitaciones a establecerse en Europa, que había llegado a ser su gran aspiración, convencido como estaba de que solo allí podría realizar plenamente su obra. Pero solo fue en 1878 —la fábrica de cerveza había prosperado bastante— cuando pudo hacer su primer viaje a París, desde donde realizó varias giras por los países nórdicos, visitando los centros donde los estudios filológicos habían alcanzado mayor boga. Estuvo en Londres, Lovaina, Bruselas, Copenhague, Estocolmo, San Petersburgo, Bonn, Berlín, Viena y Heidelberg, donde estableció contacto con eminentes figuras de la filología, muchos de los cuales conocían ya sus obras. Animado por algunos de ellos a continuar sus importantes trabajos, se dio cuenta de que solo en Europa podría hacerlo. Por eso, al regresar a Bogotá, no vaciló en vender la ya boyante fábrica, para viajar definitivamente a París en 1882, en donde habría de residir hasta su muerte.

Comenzó entonces su recoleta y fértil existencia parisiense, consagrado por entero a su abnegada obra filológica, que se prolongaría durante veintinueve años de cotidiano trabajo. Allí colaboró en importantes publicaciones especializadas, sobre todo en *Romania* y en la *Revue Hispanique*, y en la Sorbona llegó a ocupar con frecuencia la cátedra de Gaston París sobre lingüística avanzada. Varias veces reeditó sus *Apuntaciones críticas*, mejorándolas cada vez más, y compuso disertadas disquisiciones filológicas. Asimismo, en unión de su hermano Angel, redactó la *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época* (1892), polémica biografía de su ilustre padre.

Pero a la obra que más empeño y esfuerzos dedicó fue a su *Diccionario de construcción y régimen* que, tal como lo concibió, debía ser la máxima expresión de la filología española, algo así como el Littré francés que, a más de todo el aparato etimológico, ilustrara —con ejemplos tomados de los clásicos— los diferentes usos, sentidos y funciones de las palabras. Después de una labor pasmosa, publicó los dos primeros tomos, que comprenden desde la letra “A” a la “D”, entre los años de 1886 y 1893. Mas no continuó tan colosal empresa porque llegó a enterarse de que muchas de las citas por él utilizadas —y que había tomado de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneira— estaban equivocadas por haber sido mal reproducidas allí. Y ello le amargó no poco, por lo cual, ante la imposibilidad de proceder a una revisión y confrontación de las miles de citas ya aprovechadas en los dos tomos publicados y de las que en forma de papeletas tenía reunidas para las restantes letras, prefirió abandonar la heroica empresa.

En nuestros días, esa lenta, difícil y minuciosa obra ha sido emprendida por el “Instituto Caro y Cuervo”, el meritorio centro de investigaciones filológicas que para honrar la memoria de los dos grandes hablistas viene funcionando en las cercanías de Bogotá. Varios tomos de esa obra ha publicado ya el Instituto, que además viene trabajando incansablemente en proseguirla, al tiempo que cumple otras importantes tareas y funciones.

Las obras de Cuervo han sido objeto de frecuentes ediciones en los últimos tiempos. En 1939, Nicolás Bayona Posada publicó *Disquisiciones*

filológicas y Escritos literarios (2 vols.). En 1944 el padre Félix Restrepo editó unas "Obras inéditas", en las cuales se recogieron trabajos como *Castellano popular y castellano literario*, *Las segundas personas del plural en la conjugación castellana* (segunda versión) y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*. Por último, en 1944, el Instituto citado publicó sus *Obras* (2 vols.), dentro de la colección *Clásicos castellanos*, con un notable prólogo de Fernando Antonio Martínez y una *Bibliografía* debida a Rafael Torres Quintero.

Según Sanín Cano, "las *Apuntaciones* como doctrina son un monumento irremplazable". En cuanto al método puede observarse que la obra ha envejecido irremediablemente. De acuerdo con el rumbo de los estudios filológicos en el tiempo presente, lo importante no es la corrección de las palabras y frases mal usadas sino la descripción del origen y causas de las transformaciones sufridas por las palabras. En cambio, agrega, "en el *Diccionario* ya el método de Cuervo ha variado por completo y su criterio se aplica con una claridad y precisión admirables al estudio de los hechos lingüísticos, con una penetración y dominio del asunto dignos de toda admiración".

Pero no obstante esas limitaciones, Cuervo tuvo el mérito de haber sido el más grande lingüista de habla castellana en el siglo XIX. Llevó la filología hispánica a una altura tal en su época, que provocó la admiración y la adhesión de las más ilustres figuras de esa ciencia en Europa.

CUETO Y MENA, JUAN DE. (Villanueva de los Infantes, España-1604-Cartagena de Indias) (?). Poco es lo que se conoce de la vida de este dramaturgo manchego, que residió y escribió en Cartagena durante el siglo XVII. Y aunque era licenciado, nunca se dedicó a las leyes, cuyo conocimiento de poco le sirvió en su vida, a juzgar por las tristes consecuencias que para él tuvo un pleito que le propusieron. En cambio, se dedicó a la profesión de boticario. Y aunque el hallazgo de su partida de bautismo arrojó luz sobre el lugar de su nacimiento —hasta hace poco desconocido— nada se sabe sobre sus estudios ni sobre la época en que pasó a América. Aunque esto debió ser en fecha poco anterior a su matrimonio, celebrado en dicha ciudad en 1637, con doña Juana Osorio de Quiñones. Cueto sobrevivió a su esposa, muerta en 1668, pues al año siguiente aún figura como vecino de Cartagena. Y aunque se desconoce la fecha y el lugar de su muerte, es de presumir que ocurriera allí mismo, antes de 1674.

A más de su oficio de boticario, hay noticias de que el licenciado Cueto fue prestamista y de que se dedicó a ciertas actividades comerciales. Por razón de una de estas fue embargado y reducido a prisión en 1668, y allí estuvo hasta mediados del año siguiente, cuando se realizó el remate de sus bienes. Entre estos figuraban "doscientos libros, grandes y pequeños, tocantes a diferentes facultades, en dos estantes pequeños de madera", según reza el inventario que figura en el juicio conservado en el Archivo Histórico Nacional. Desafortunadamente, no se conocen los títulos

de tales obras, que tanto hubieran dado idea sobre la cultura libresca en una ciudad del Nuevo Mundo durante esa época, aunque se presume que debieron ser las que con tanta propiedad cita en sus escritos. Pues, entre fórmulas magistrales y transacciones comerciales, el licenciado manchego tuvo oportunidad de escribir varias obras —dos de ellas de índole dramática— que revelan su acusado talento literario y su brillante cultura humanística. Por ello no resulta raro que hubiera tenido gran reputación como hombre de letras y erudito latinista en la Cartagena de entonces, tal como lo acreditan los escritos laudatorios que preceden a sus obras, editadas en Madrid en 1662, un ejemplar de las cuales se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional.

De la existencia de tales obras se tenían apenas referencias bibliográficas, hasta que fueron objeto de una muy completa edición crítica por parte del profesor Archer Woodford, publicada por el Instituto Caro y Cuervo con el título de *Obras de Juan de Cueto y Mena* (1952). Seis son dichas obras, a saber: *Discurso del amor y la muerte*; *La competencia en los nobles y discordia concordada*; *Canción describiendo el Cerro de la Popa*; *Relación de las insignes festividades que el convento del patriarca san Agustín de la ciudad de Cartagena de las Indias hizo a la canonización del ilustrísimo señor santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia*; paráfrasis panegírica, en forma de coloquio, de las milagrosas vida y muerte del ilustrísimo señor santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia; y, *Silva epithalámica*.

De todas ellas, merecen especial mención las de carácter dramático, o sean *La competencia en los nobles y discordia concordada* y la *Paráfrasis panegírica*, que datan de 1659 y 1660, respectivamente. La primera está dividida en cuatro escenas y los personajes principales son alegóricos, pues personifican a los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra. La segunda fue representada con ocasión de las festividades celebradas en Cartagena en 1660 para conmemorar la canonización del Santo de Villanueva. Son también alegóricos los personajes de esta otra obra, pues figuran allí el tiempo y las cuatro ciudades donde se sucedieron los principales hechos de la vida del santo: Villanueva de los Infantes, Alcalá de Henares, Salamanca y Valladolid.

Muy curiosa y expresiva es la *Canción describiendo el Cerro de la Popa*, escrita al parecer entre 1658 y 1660, que es una poesía entre descriptiva y religiosa, donde el histórico cerro cartagenero se convierte —al par que la festividad de la Candelaria tan ligada a aquel— en objeto de los afanes poéticos y piadosos del erudito licenciado.

También a su paisano santo Tomás de Villanueva está dedicada su obra en prosa *Relación de las insignes festividades...*, escrito asimismo con motivo de las que tuvieron lugar en Cartagena en 1660. En cuanto al *Discurso del amor y de la muerte*, relativo a la teoría de los cuatro elementos —que tanto le preocupaba y a la cual se refiere en casi todas sus obras— si bien está dedicado a la muerte de la señora doña María Carrascal, parece que fue compuesto mucho antes de tal suceso, para ser leída antes de la representación de la pieza *Competencia en los nobles...* —el 15 de agosto de 1659— con el fin de que los espectadores pudieran com-

prender la referida teoría. Según eso, Cueto se habría limitado a agregarle al *Discurso* la parte final, en que alude a la muerte de dicha señora, según opinión del profesor Woodford.

Por lo que hace a la *Silva epithalámica*, el mismo profesor se inclina por una de dos tesis: o que fue escrita por Cueto mucho antes de venir a América —lo que parece improbable— o que no es en realidad obra suya. De aceptar esto último, se tendría que su inclusión entre sus restantes producciones habría que achacarse al impresor, con el fin de eludir la acción de la censura, tan severa en aquella época. Sin embargo, resulta increíble que Cueto no hubiera advertido tan abusiva incorporación, siendo así que cuando sus obras fueron publicadas, en 1662, aún estaba en la plenitud de su vida y por tanto, debió llegar a sus manos algún ejemplar.

(Continuará).